

VII.

EPITAFIO PARA UN CAZADOR.

¡Oh Licas, cazador de fama honrosa!
 Las fieras tiemblan al fijar su planta
 En tu sepulcro, y el Pelión y el Osa,
 Y el Citerón (1), do crece hierba tanta,
 A las tiernas ovejas saludable,
 Conocen tu valor inimitable.

VIII.

DEL BEBER (2).

Cuando el Bóreas veloz ligeramente,
 Viniendo de los Tracios, el costado
 Cubrió del alto Olimpo preeminente
 Fatigando á cualquier desabrigado,
 La vida nos volvió benignamente.
 Mas quiero yo que agora derramado
 Temple mi taza: que es un hecho fiero
 Dar el vino caliente al compañero.

(1) Pelión y Osa, montes de Tesalia; y Citerón, monte de Beocia.

(2) Compuso de repente Simónides este epigrama con ocasión de hallarse en un día caloroso de verano con otros amigos, á los cuales les sirvieron vino enfriado y á él no.

IX.

DE UN RETRATO.

El amor que me tenía
 Praxiteles expresó:
 Por la imagen le pintó
 Que en su corazón sentía.
 Y Frinés en el momento
 De mi cuadro el precio dió,
 Y así á mi retrato yo
 Arrojo flechas sin cuento.

X.

DE LA MUJER.

No puede el hombre gozar
 Una cosa más hermosa
 Que la mujer, ni una cosa
 Peor puede disfrutar.

XI.

DE LOS ATENIENSES.

Grande luz amaneció
 A los Atenienses cuando
 Harmodio, á Hiparco matando,
 A Aristogitón siguió.

XII.

Á SÓFOCLES.

A tí, Sófocles amado,
De los poetas honor,
Una uva con rigor
Te dió fin desventurado.

XIII.

DE UN CUADRO.

Ifión, de Corinto, fué
Quien esta imagen pintó,
Que en sus obras caminó
De buena fama en buen pie.
Pues las obras del pintor,
De la misma gloria y maña
Que al artífice acompaña,
Sacan no pequeño honor.

XIV.

DE LA BACANTE DE SCOPAS.

¿Quién es ésta que está aquí?
La Bacante. ¿Quién tan bien
La adornó? Scopas. ¿Y quién
De furor la llenó así,
Y la puso cual se ve?
¿Baco ó Scopas? Scopas fué.

LOS YAMBOS.

DE LAS MUJERES.

Crió Dios la mujer primeramente,
De entendimiento y juicio desprovista,
De una cerdosa puerca, y por costumbre
Le hace siempre tener sucia la casa.
Reclinada en el suelo, se revuelca;
Jamás se lava, y de soez vestido
Cubierta, y asquerosa, siempre echada
Sobre el sórdido cieno, engorda y crece.

A otra crió de una dolosa zorra,
Y la ciencia le dió de bueno y malo.
En esta casta de mujer se encuentra
Mucho perverso, y otro mucho bueno,
Y la ira la dobla y la maneja
A todos lados sin prudencia y tino.

En sus costumbres, otra se parece
Al perro, que es su padre: anda anhelante
Por oír y saber todas las cosas.
Todo lo mira con hambrientos ojos,
Y con tanto mirar siempre se engaña.

Cuando no ve algún hombre ladra y gruñe,
Y ni las amenazas del marido
Bastantes son á contener sus iras.
Ni aunque le eche los dientes de la boca
Irritado y feroz de una pedrada,
Ni aunque la halague con palabras buenas,
Ni el respeto á los huéspedes la enfrena,
Sino que siempre furibunda grita.

Otra hicieron los Dioses de la tierra
Y al hombre para carga se la dieron;
La cual ni el bien ni el mal jamás conoce,
Y su saber se ciñe á si los Dioses
Dan á la tierra rigoroso invierno
Para acercarse al fuego con su silla.

Mas vuelve ya tu pensamiento á aquella
Que ha nacido del mar: alegre y blanda,
En todo el día de reír no cesa.
El huésped que en su casa la mirare
La llenará de inmensas bendiciones,
Y jurará no hallarse en todo el orbe,
Ni ser posible que jamás se vea,
Una mujer más buena en sus costumbres.
Mas, sin embargo, á veces se enfurece
Como la perra sobre sus cachorros.
Aspera con amigos y enemigos,
En su doloso genio al mar semeja,
Que muchas veces sosegado y quieto,
Los marineros llena de alborozo,
Y otras airado horriblemente brama,
Y alza y encrespa las hinchadas olas.

Otra nació de un asno y la ceniza:
Ejercitada en ásperos trabajos,
Aunque sólo la mueve la amenaza.
Sentada día y noche está comiendo,
Y sin alguna distinción acoge
Al primero que llega, y le recibe
Por su señor en los venéreos hurtos.

Otra, de una infelice comadreja
Triste generación, que nada tiene
De bueno ni de amable, y careciendo
De amor y de dulzura, odia y esquiva
El lecho conyugal; si está presente
Su esposo, se empalaga y se fastidia,
Y con sus tretas daña á los vecinos,
Y devora las viandas no inmoladas.

Una yegua de hermosa cabellera
Fué madre de otra, que aborrece y huye
Cualquier obra servil, cualquier trabajo.
No tocará jamás muela ni cribo,
Ni la basura quitará de casa.
Gran cuidado tendrá de no ensuciarse
Sentándose en el horno. Exteriormente
Muestra afecto y amor á su marido.
En cada día lávase tres veces,
Se llena de perfumes y de ungüentos,
El cabello derrama por la espalda,
Y corona de flores la cabeza.
Espectáculo hermoso para todos,
Para el marido miserable y triste,
A no ser algún rey muy poderoso

Que pueda mantener tan grande lujo.

Otra fué de una mona, de manera
Que un igual mal no dió á los hombres Jove
Por su boca feísima, es la risa
De toda la ciudad, cuando pasea
Tiesa, que apenas la cabeza mueve.
Tiene en extremo grandes las rodillas.
¡Pobre el que abraza á tan terrible monstruo!
Como una mona, á su marido engaña
Y á todos los demás; ni de las risas
Se cura, ni de hacer solo un buen hecho;
Y sin cesar cavila, piensa y trama
Cómo hacer algún bárbaro delito.

Mas con la que ha nacido de la abeja
Es el hombre feliz y afortunado,
Pues no cometerá delito alguno.
Ella alarga la vida, y sus caminos
Los siembra de mil flores olorosas.
Amada de su amado compañero,
Va envejeciendo en los ligeros años,
Dándole hermosos y afamados hijos:
Distínguese entre todas las mujeres
Por la gracia feliz que la acompaña.
No busca ni frecuenta los corrillos
Donde hablan liviandades las amigas,
Y esta prudente y apreciable casta
La da el gran Jove á sus favorecidos.

A las demás que están entre los hombres,
De Júpiter el dolo las produjo.

Y tanto en su maldad cargó la mano,
 Que si parece que algún bien le causan
 Al mísero marido, es esto mismo
 Incómodo en extremo al desdichado.
 Todo el que vive con mujer no espere
 Pasar un día enteramente bueno,
 Ni echar el hambre triste de su casa,
 Ni el amor conciliar de sus amigos.
 Si le sucede algún feliz suceso,
 O ya porque este bien le den los Dioses,
 O ya porque le venga de los hombres,

Al punto en su mujer encuentra un crimen
 Que mueve las domésticas rencillas.
 Do quier que haya mujer, ya no se espere
 Poder admitir bien huésped alguno,
 Porque la que parece más modesta,
 La más mala es de todas las mujeres.
 El marido se queja, y las vecinas
 Se alegran de su error y se le ríen:
 Cada cual, sin embargo, siempre alaba
 La mujer propia, y la del otro afea,
 Sin ver que le comprende el mismo caso.
 Pues este horrible mal Júpiter hizo,
 Y el lazo ató con insoluble nudo;
 De donde viene que la cruda muerte
 Arrebató casados muchos hombres.

FRAGMENTOS.

I.

La vana voz á los infiernos pasa,
 Y mora entre los muertos el silencio,
 Y de los hombres en los tristes ojos
 Cae un funesto y tenebroso velo.
 Todo sin detención al orco baja,
 La riqueza y virtud van á este extremo;
 Y al que más huye y resistir procura,
 Suele la muerte arrebatár más presto.

II.

No digas lo que puede
 Durar el hombre, ni lo que ser tenga:
 Pues la mudanza es mucho más ligera
 Que una mosca veloz que abre las alas.

III.

Es difícil hacer á un hombre bueno,
 Y que en sus miembros todos
 Esté de perfección henchido y lleno.

IV.

La virtud generosa
 Dicen que habita en unas altas rocas,
 Cuya subida es recia y trabajosa:
 Una estéril región la cerca en torno,
 Y nadie verla osa
 Sino aquel que en retorno
 De molestos sudores,
 Y penas interiores,
 Logra llegar á la suprema alteza
 De una excelsa y sublime fortaleza.

BAQUÍLIDES.

Nació este poeta, sobrino de Simónides, en la isla de Ceos, y vivía en la corte de Hierón, tirano de Siracusa, hacia el año 472 antes de Jesucristo.

Alcanzó gran fama en la antigüedad, considerándosele rival de Píndaro. Sólo quedan de él, por desgracia, algunos fragmentos que le acreditan de poeta correcto y elegante, especialmente en una bella composición á la paz, que nos ha conservado Stobeo. Escribió himnos, ditirambos, cantos de victoria, coros, poesías eróticas, etc.

Con más gracia sensual y menos elevación moral que Simónides, su estilo es, sin embargo, parecido al de este poeta. Como él, cultivó Baquílides la poesía coral, pero aplicando á ella cantos eróticos, que no se encuentran en Simónides y Píndaro.

Los fragmentos que publicamos de Baquílides están traducidos por los hermanos Canga-Argüelles.

ODAS.

I.

DE LA PAZ.

Ya la gran paz sagrada
Torna á llenar los hombres de riquezas.
La lengua delicada
Del divino poeta en mil bellezas
Alegre se desata,
Y en dulces versos los asuntos trata.
Arden llamas doradas
En la ara de los Dioses poderosos,
Y con ellas mezcladas
Las piernas de los bueyes vigorosos,
Y la lanuda oveja
Tampoco de acudir al rito deja.
La juventud ardiente
Himnos y flautas suena, y va al amado
Gimnasio diligente,
Y en el arnés de hierro entrelazado
En tanto se desvela
La negra araña en fabricar su tela.

La aguda lanza muerde
La roña y la consume, y las espadas
De dos filos las pierde;
Y ni ya á las pupilas fatigadas,
De la trompa el sonido
Arranca el dulce sueño apetecido.
Vense por todas partes
Gratos convites de amistad gozosa
En diferentes artes;
Y en todos ellos suenan, con hermosa
Música cuanto cabe,
Sagrados himnos al amor süave.

II.

DEL BEODO.

La Venus poderosa,
Cuando en las copas cándida se mezcla,
Fomenta el alma blanda y amorosa:
Luégo el alegre Baco
Con sus sabrosos dones
Las mentes turba, y de esperanzas llena
Los tristes corazones,
Lanzando de su imperio el llanto y pena.
Entonces el beodo
Derrueca las murallas de los pueblos,
Y ya del orbe todo
Monarca se figura.
Brilla en sus casas el marfil y el oro;
De trigo del Egipto

Cargados sus bajeles,
 Le conducen riquísimo tesoro.
 Que así del embriagado
 Piensa ó delira el corazón turbado.

III.

DE LOS CUIDADOS.

Solo un camino es dado
 A los mortales por do el bien consigan;
 Y aquel á quien no instigan
 El ánimo agobiado
 Los continuos dolores,
 Puede contar sus días por mejores.
 Pero el que perseguido
 De males infinitos noche y día,
 En angustiar porfía
 Su ánimo afligido
 Con la suerte futura,
 ¡Cuán neciamente su dolor procura!

IV.

DE SÍ MISMO.

Yo, ni tengo vacadas
 Ni alfombras de la púrpura pintadas;
 Mas tengo un alma buena,
 De dulce paz y de contento llena.

Tengo una dulce musa
 Que por larga costumbre amarme usa.
 Y no de gusto escasos,
 Añejos vinos en beocios vasos.

EPIGRAMA.

A FERENICO.

A Ferenico, el de las rojas crines,
 Que venció en las orillas del Alfeo:
 Caballo que á las negras tempestades
 Tal vez iguala en el correr ligero.

FRAGMENTOS.

I.

¡Dichoso aquel á quien piadoso el cielo
La suerte ha dado de las almas buenas!
Riquezas sin recelo,
Y aun más, las horas de su vida llenas
De fortuna envidiable á nuestro modo,
Que nadie puede ser feliz en todo.

II.

A pocos hombres Dios ha concedido,
Aunque virtuosos, bienhechores sean,
Que la tarda vejez al cabo vean
Sin que algún mal les haya sucedido.

III.

El oro no se encubre
A la piedra del toque, y las virtudes
Del hombre las descubre
La alta sabiduría,
Y la verdad omnipotente y pía.

IV.

Él en el pavimento
De piedra se paró, mientras los otros
El alegre banquete prevenían,
Y dijo: «Al opulento
Convite de los buenos
Asisten de derecho
Los hombres justos y de recto pecho.»

ARQUÍLOCO.

Natural de Paros, floreció en el siglo VII antes de Jesucristo. Los Griegos le consideraban el primero de sus poetas líricos, juzgándole superior á Píndaro é igual á Homero. Dícese que fué inventor de la sátira y del verso yámbico, del cual hizo arma terrible; *el arma de la rabia*, según Horacio:

Archilochum proprio rabies armabit iambo.

Prometióle Lycambo una de sus hijas en matrimonio, y se retractó de su promesa. Vengóse el poeta en tan sangrientos versos, que desesperados el padre y sus tres hijas al verse acusado aquél de perjuro y éstas de depravada conducta, se ahorcaron.

Atrevióse un escultor célebre á representarle con facciones ridículas, y tuvo igual fin.

Tan profunda fué la huella que sus sátiras causaron y tanto duró la memoria de ellas en la antigüedad, que seis siglos después dábbase en Roma el

nombre de *Archilochia edicta* á los pasquines que contra César fijaban en las esquinas.

Su pluma debió ser más temible que su espada, porque él mismo confiesa que siendo guerrero en la juventud huyó en un combate, y que, para correr con mayor celeridad, arrojó el escudo en el campo de batalla.

La pluma mordaz de Arquíloco le produjo enemigos que prefirieron la venganza á la desesperación y que le obligaron á salir de Paros, donde no volvió sino después de haber obtenido un triunfo brillante en los juegos olímpicos con su *Himno á Hércules*. La funesta propensión á la sátira le perdió al fin, pereciendo, según se cree, á manos de una de sus víctimas; aunque autores dignos de fe aseguran que murió guerreando con los habitantes de Naxos. Sus compatriotas, que le temieron vivo, hicieronle grandes honores después de su muerte.

Imposible es hoy apreciar el talento de Arquíloco sino por la opinión que de él tenían los antiguos, que ponderan la energía de su estilo, la vivacidad de las imágenes, la atinada precisión, los sentimientos elevados y el vigor de la sátira; pero á la vez le censuran los rasgos licenciosos que obligaron á prohibir en Esparta la lectura de sus poesías, y la malignidad, que le ocasionó el destierro de muchas ciudades de Grecia.

Sólo quedan de Arquíloco algunos fragmentos que, traducidos por los hermanos Canga-Argüelles, publicamos á continuación.

ODAS.

I.

SOBRE LA FORTALEZA.

¿Por qué te das tormento
Con ásperos cuidados? Cobra, amigo,
Cobra vigor y aliento;
Y opón, como te digo,
A la desgracia y mal pecho enemigo.
Entre las rudas lanzas
Del contrario feroz, mantente osado,
Sin miedo ni mudanzas;
Y ni el triunfo logrado
Aplaudas en extremo alborozado,
Ni si te ves vencido,
En casa reclinado des al lloro
El ánimo afligido;
Y alegre, con decoro
De los que dignos son, aumenta el coro.
Pero con los malvados

No te contristes nunca en demasía;
Y de los desgraciados
Hombres, más cada día
Conoce la infelice suerte impía.

II.

DE SÍ MISMO.

Amor, dentro en mi pecho
Crüel ardor moviendo,
De nieblas fué esparciendo
Mi vista á mi despecho;
Y con ánimo avieso
Del tierno corazón robóme el seso.
Y así, infeliz ahora,
Por voluntad del cielo,
Lleno de desconsuelo,
Y rendido á deshora,
Y todo traspasado,
Del hueso á las medúlas ha calado.

III.

Á GLAUCO.

Mira, mi Glauco, mira
Cómo el cerúleo ponto se conmueve,
Y cómo, lleno de ira,
Sus altas olas á encrespar se atreve.

La nube pavorosa
Sobre los altos árboles asienta;
Resuena tempestuosa,
Y un súbito pavor nos desalienta.

IV.

DE SÍ MISMO.

No curo del tesoro
De Giges, que abundaba
En riquezas y en oro,
Ni conocí la emulación esclava;
No envidio las acciones
De los Dioses sagrados,
Ni grandes posesiones:
De todo están mis ojos alejados.

V.

QUE DE NADA SE DEBE DESESPERAR.

No hay cosa alguna de que el hombre pueda
Desesperar, ni que no sea factible.
Ni nada hay admirable é increíble,
Desque Jove la luz serena y leda
Tornóla en noche horrible.
Ocultó el sol á la mitad del día,
Y en los míseros hombres de repente
Derramóse el pavor: la humana gente